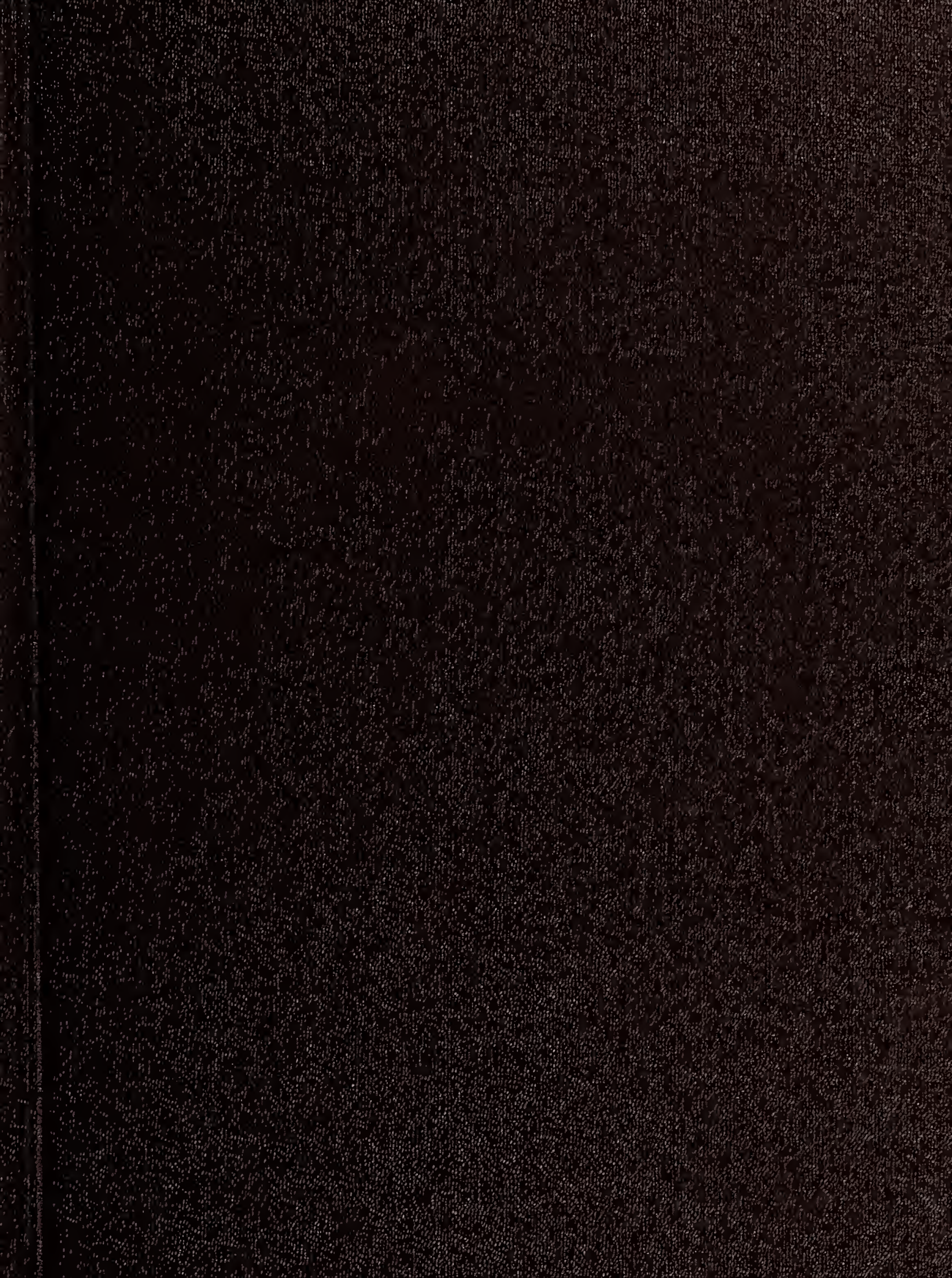


[illegible]

C



E S T R E L L A

Federico Beltran Masse

FEDERICO BELTRAN MASSES



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28 - MADRID



FEDERICO BELTRAN MASSES

FEDERICO BELTRÁN MASSES

TAN alta, tan pura la personalidad de Federico Beltrán, que muy pocos son capaces de despojarse de los humanos prejuicios para llegar hasta ella con la necesaria limpieza espiritual.

Ha entrado en su segunda juventud, erguido y sereno con su actitud de joven dios helénico, abombada la frente de nobles pensamientos, iluminadas las pupilas de hermosas armonías, casta la carne, educada por los gimnásticos ejercicios, de sano sensualismo.

Toda la obra de Federico Beltrán es una exaltación de paganía y de refinada intelectualidad. Como Gabriel D'Annunzio, este joven maestro del arte español actual nos envuelve de magnificencia y nos liberta de la vulgaridad cotidiana. Tiene una paleta rica de tonos y de sentimientos conscientes. Se le adivina la complacencia con que pinta y la deliciosa tortura con que piensa. Amasa rosadas carnes núbiles — o las otras perfumadas y sabias de corte-

sanas, hijas de Thais y de Friné — con ideas. A veces, úna relación de valores pictóricos nos sugiere la reflexiva complacencia de una disquisición filosófica; a veces, el oculto ritmo de los propósitos psicológicos es una armonía de tonos y medios tonos embriagados de luz.

Porque parece un externo contemplador de la vida en sus aspectos sensuales, y es un analista inquieto y acuciado de infinitas preguntas íntimas. No contemplaréis sus cuadros con ese libertamiento de alma que vemos tantos de tantos, que sólo son escrupulosos técnicos. Porque llegar ante un cuadro de Federico Beltrán, es como si nos lanzáramos en un regocijado ademán de hombres que buscasen dichosas y floridas esclavitudes.

Siempre la obra de Federico Beltrán sugirió una sensación grandiosa, pero sujeta por elegancias y refinamientos. Es a partir de la tendencia que iniciara *La Maja Marquesa,* cuando estamos más seguros de encontrar el gran pintor en toda su magnificada exuberancia de poderíos técnicos y de desbordamientos emocionales.

En su estudio de Barcelona, primero; en su estudio de París, ahora, tuvo y tiene el joven maestro una exposición permanente de sus cuadros futuros.

Esto requiere una explicación. Nada hay inconsciente;

nada brota porque sí y falto de antecedentes en la obra del gran pintor. Tiene trazada de antemano la trayectoria de su arte, seguro como está de que no habrán de falsearle ulteriores rectificaciones. Ante los ojos de un profano o de un distraído, esos cuadros pequeños, abocetados, imprecisos, no parecen sino fugitivas notas de color. Son mucho más. En primer lugar, apresamientos de la luz propia: esa luz que, como en todos los grandes pintores, es inconfundible en Beltrán; luego afirmaciones inatacables de belleza externa y de ritmo interior, que constituyen como capítulos de una obra amplia y concreta a un tiempo mismo. De toda esta exaltación divinizadora del color y de la idea que significa el arte de Beltrán, hay algo que triunfa sobre los demás motivos de belleza: el desnudo femenino.

La hipocresía española, envilecida por sus vergonzosas lujurias, contenidas y desviadas, no puede comprender cómo es de puro y de sano este sentimiento de adoración que conmueve a Federico Beltrán, al elegir en un desnudo todas las bellas visiones de cielos, mares, joyas, jardines floridos, telas suntuosas o frágiles. . .

Raro es el cuadro de Federico Beltrán donde no encontremos la flora rítmica de un cuerpo de mujer total-

mente desnudo, o prometido entre gasas y sedas. Aun en aquellos donde las mujeres están vestidas, se adivina la complacencia del pintor en modelar bajo las telas la femenil euritmia.

Y sin embargo, menguado de alma tiene que ser el que sienta aguijones de baja concupiscencia frente a un lienzo del joven maestro. Es precisamente todo lo contrario: una voluptuosidad ofrecida para deleites de la mirada y del intelecto, sin enfangarse en torpes salacidades.

Responde a la vida normal, febriscente sólo de trabajo, que lleva el gran artista. Alejado del mundo, en un hotel cercado de jardines umbríos y llenos de los fugitivos colores y los gritos fugitivos de pájaros exóticos, descansando en sutiles regocijos intelectuales, va Federico Beltrán realizando estos cuadros, que responden a uno de los más exquisitos credos estéticos de nuestra época.

Así se comprende cómo es de enérgica su obra, dentro de su languidez; de perdurable, detrás de su engañosa momentaneidad; de profunda, en su externa ligereza; de ingenuamente graciosa, al triunfar de la aparente perversidad. Y toda ella envuelta en la deliciosa música y mecida por el perfumado viento que conociera la florida embarcación con rumbo a Citerea...

Federico Beltrán Masses está ahora en plena juventud. No estrofas de Espronceda le enlutan el momento, sino le aureola el verso del cisne de Rávena. «En medio del camino de la vida» es realmente cuando se detiene para ofrecernos su obra. Y no vacila, sino que asegura; no tiembla de presentimientos, se afianza en hechos; cuando para otros el porvenir tiene todavía sellos de enigma, para él se ilumina de conscientes claridades.

Pero no ha sido siempre así. Sombras trágicas ensombrecieron sus actos pretéritos, los inolvidables, los de cuando nuestra alma es como de cera blanda y cálida para los moldes en que habrá de cuajarse y adquirir definitiva forma. De estos años jamás habla Federico Beltrán, pero le tajaron la frente con esa arruga que prolonga la filante nariz hacia arriba. Años sombríos, cóncavos, que conocieron muy cerca de ellos el lívido fulgor de la guadaña incansable e insangrentable. Acaso, entonces, como el personaje de Ganivet, viera el futuro artista bambolearse la espiritual escultura que soñaba moldear en sí mismo... Todo, sin embargo, embarcó en el pasado como en un navío desfondado, condenado a hundirse, nadie sabe en qué mares.

Hoy todo es feliz en torno del artista. Puede pintar

sin premuras, sin abdicaciones y sin adular a los modelos que le paguen sus retratos. Puede conservar intacta la colección de sus obras, y en cualquier momento presentar la íntegra serie de los capítulos de su evolución estética.

Este rostro de mujer, que con la luz característica constituye los dos aspectos inconfundibles de un artista, está al mismo tiempo en los cuadros y en el amor de Federico Beltrán. Aconsonantan con las elegancias y suntuosidades que sirven de fondo a sus figuras, las suntuosidades y elegancias de que la fortuna le consiente rodearse.

Porque nada más lejos de él que el pesimismo campoamoriano, «de quien le va en la vida bien y habla mal de ella». Cuando adquirió el derecho a ser feliz, lo dijo en su pintura.

No obstante, la molicie que pinta y que le cerca no le embriaga hasta el punto de hacerle dejar los pinceles antes de lo que el divino Leonardo aconsejara.

Es un trabajador tozudo, embebido, ensimismado en la grata tarea. Los primeros clarores del orto le encuentran ante sus caballetes, y cuando el sol se oculta, sigue trabajando a la luz clara, fría, pero tan poderosa en encantos y magias, de los arcos voltaicos.

Y pone a estos largos — desligados de toda fatiga o

sequedad de inspiración — períodos de fecunda creación los intervalos de la lectura.

¿Acaso no adivinamos cuáles son las lecturas favoritas del joven maestro? Es un sediento de las paganas fuentes y de los misteriosos licores precristianos. Las viejas civilizaciones tienen para él una seducción de ensueño. Conoce toda la literatura india, desde los poemas sagrados a los otros ingenuamente impúdicos, con más los bélicos de dioses que luchan con guerreros. También la serenidad helénica le señaló normas y le acostumbró al culto del femenino desnudo. Pero en la doble lejanía de siglos y de kilómetros, es el Oriente su padre espiritual, y como los camafeos de sus sortijas y sus alfileres de corbata tiene el rostro. Es un rostro que avanza con la aguda nariz y el saliente mento acusador de energía. Rostro hecho para ser visto siempre de perfil, como en los más típicos camafeos de Emperadores de antiguas dinastías, o en las medallas que la tierra devuelve a los hombres de hoy, patinados por largos siglos de subterránea quietud. Incluso le sombrea el rojizo vello neroniano. Pero, por debajo — o por encima, igual da — de las semejanzas físicas o de las influencias literarias, a pesar de los ásperos y sombríos comienzos de su carrera, Federico Beltrán conserva una pe-

renne frescura de mocedad en su espíritu. Ríe con la risa amplia, jocunda, que por no despojarla de su espontaneidad no me atrevo a llamar epicúrea, y lejos de sus cuadros es un camarada de esparcimientos vulgares, y se despoja sin tristeza y sin esfuerzo de sus antecedentes estéticos, para ser sencillo, humilde, y entregarse a los afectos que no envenenó todavía la malsana sublimidad del arte.

La primera vez que pudo juzgarse a Federico Beltrán frente a un conjunto de obras importantes, fué en la Exposición particular que celebró en Madrid el año 1909.

Antes había expuesto algunos retratos aislados en las Nacionales de 1906 y 1907, y de entre ellos se destacaban, por su anticipada visión de los futuros ritmos cromáticos, los de la señorita Amelia Narezo y la madre del artista.

Pero en la colección de sus cuadros y apuntes que expuso en 1909, la personalidad de Beltrán empezó a definirse. Extraviada, indecisa, desorientada por crudos realismos todavía.

Federico Beltrán había pasado una larga temporada en los *Picos de Europa*. A la ingente grandeza de los es-

pectáculos naturales, corresponde en aquella región montañosa, tan áspera, una Humanidad paupérrima, degenerada, fisiológicamente envilecida.

¿Cómo pudiera reconocerse en *El Santuario del Brezo* — deprimente agrupación de figuras torturadas por un misticismo primitivo —, en *Joselín del amor, Un cruzado, La tía Micaleuca* y *Al Rosario* — admirables y expresivas representaciones de un pueblo rapaz, sórdido, estigmatizado —, al autor de *La canción de Billitis, Hacia las estrellas, La barca deleitosa,* y menos aún de las recentísimas *Damas del mar, Noche ducal* y *La maja maldita?*

Es, con otra pintura, otro concepto del arte, de la belleza y de la vida. Antípoda de sí mismo, parece el artista complaciéndose entonces en desentrañar un naturalismo hórrido y trágico, en ahondar en el fondo de conciencias campesinas embrutecidas, en testas de cretinos, que miran desde el fondo sórdido de su incapacidad mental.

La tradición española pesaba sobre estos lienzos que hoy Federico Beltrán ha olvidado. Bastarían para definir un pintor; eran insuficientes para contener toda el ansia idealista y refinadamente sensual que había de constituir la verdadera significación estética del gran artista. Sin embargo, en aquella Exposición había algo que pasó inadver-

tido a la crítica superficial, acostumbrada a juzgar la pintura por el tamaño de los lienzos y por la semejanza que tenga con los productos de nuestra lamentable decadencia de fines del siglo XIX. Eran unas notas pequeñas, a la manera de sus actuales fantasías coloristas, donde Goya, Watteau, Turner y Monticelli se asoman fraternales.

Federico Beltrán, fatigado de la vida miserable que suda su ignominia en los cuadros ya citados, de tipos y costumbres montañesas, sintió — acaso en el mismo sitio titulado *Rincón de alivio,* donde las aguas fragorosas abrazaban, en blancura de nieve y humareda de cristal, las rocas — la necesidad de soñar un poco, de limpiar su visión, como sus pinceles, con armonías ricas y motivos nobles.

Y entonces surgieron esos ensayos menudos, alados, donde todo es quimera, y polvo luminoso, y etérea vaguedad: *Nuevas Hespérides, Olimpia, Estilo Whistler, Vals loco, Mascarones.*

El artista, que pudo hundirse en la vulgaridad de un intérprete fiel, casi mecánico, de la realidad, sin otro credo ni otra parca ambición que reproducir el natural, se salvaba en esas notas que son la sinfonía de toda su obra, tan espléndidamente definida hoy día.

Los viajes cultivan y depuran su espíritu; amplían su

visión. Recorre Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda, Italia. Su arte se aristocratiza de finalidad; su técnica se liberta de aquellas pasajeras obsesiones naturalistas. Obtiene medallas en Bruselas, París, Barcelona. Y en la Exposición Nacional de Madrid, el año 1912, sus envíos representan uno de los más considerables. Cuatro grandes lienzos, y todos ellos retratos de una suprema distinción, de una sobria y pura belleza en las actitudes y en el colorido. No se limitaba el artista en ellos a conseguir el carácter de los modelos, sino a componer las figuras y el ambiente representativo como los de un cuadro. Eligió, además, gamas patricias, suntuosos cromatismos, que tenían su culminación en *La niña de rojo* y *Mi familia*.

A los retratos expuestos en la Nacional de 1912, sucedieron otros nuevos — tan armoniosos, pero más sueltos de estilo, acercándose ya a la técnica personalísima de la tercera y definitiva manera beltranesca —, como el retrato del niño Martí Olivares, los autorretratos y el de su esposa, la admirable pintora Irene Narezo Dragone, que fué uno de los éxitos de la reciente Exposición de Madrid.

A los retratos suceden los cuadros de composición, las fantasías decorativas; surgen los primeros desnudos,

que antes se adivinaban en los caprichos de las pequeñas notas.

La Exposición que Beltrán celebra en el Salón Parés, de Barcelona, el año 1914, acusa este encauzamiento feliz. En ella aparecen *La iniciada, Melly y Xuty*, *Noche galante, Noche azul, Fruta escogida, El primogénito, La canción de Bilitis,* y todo el resplandor gémmico de los bocetos en oro y sangre, en luna y nácar, que se reparten la riqueza cromática del joven maestro.

He aquí el misterio de los cielos nocturnos, constelados de estrellas como una voluptuosa cortesana de joyas. He aquí el amor a las telas ricas, a los jardines perfumados de amor, a las mujeres desnudas en toda la limpia y serena euritmia de sus actitudes clásicas y modernas, de ayer y de hoy, de siempre, como el poderío supradivino de Afrodita inmortal.

Ya esta Exposición consagra en Cataluña a Federico Beltrán. Y Cataluña — no se olvide nunca, por como lo recuerdan los catalanes con su laudable obstinación de belleza — representa la vanguardia artística de España.

El año 1915, en la Exposición Nacional, se le rechaza el cuadro *La Maja Marquesa* por inmoral. No se atrevieron a rechazar, además, el desnudo de Mirabella, aunque

los zapatos de la gentilísima mujer inquietaron la senil concupiscencia del Jurado.

Ocultaron, hipócritamente, su odio al desnudo los pintores que entonces constituían el Jurado, alegando que rechazaban *La Maja Marquesa* porque, a juzgar por el título y el asunto del cuadro — una mujer desnuda y con mantilla blanca, entre otras dos mujeres vestidas, con sendas mantillas, igualmente —, «podía creerse que el autor aludía a cierta individua, marquesa y lesbiana, que lleva una vida de escándalo».

Fué posible semejante mezquindad, semejante insulto a un artista, y se agravó la torpeza hasta el punto de solicitar a Federico Beltrán que cambiara el título de *La Maja Marquesa* por el de *Las majas.*

Beltrán se encogió de hombros, y ni siquiera contestó a la estúpida proposición.

En *La Maja Marquesa* había algo que estaba por encima de la sexualidad de los que pudieran mirarla con su cia obscenidad, de la sensualidad, incluso, de los que pudieran contemplarla con sano instinto genésico. Ese algo era el gozo de los que venían posponiendo la sexualidad y la sensualidad a la sensibilidad, única fuente de verdadero arte.

Expuesta primero en la redacción de un periódico, y luego — más lógicamente — en el Salón de Arte Moderno, *La Maja Marquesa* fué visitada por gran número de personas; se le consagraron artículos entusiastas, y entre las opiniones que no vacilaron en hacerse públicas, destaquemos la de Marceliano Santa María, un admirable pintor que ha sabido evolucionar con su época:

«Me atraen irresistiblemente los cuadros entonados — dijo el ilustre autor de *Angélica y Medoro* —; si además son armoniosos, se eleva para mí el mérito de la obra; y si a estas cualidades se suma la dulce coloración, entonces la atracción se torna en respetuoso acatamiento al mérito. Así veo yo el cuadro de Beltrán; no hallo otra cosa en *La Maja Marquesa.*»

Y llega, por último, la Exposición con la cual el joven maestro quiso despedirse de España, antes de fijar su residencia definitiva en París.

Se celebró en el Palace Hotel de Madrid, durante el mes de Marzo de 1916.

Con una riqueza y una elegante distinción, descono-

cidas en Madrid para este género de exhibiciones, reunió el eminente artista cerca de ochenta lienzos, algunos de ellos de gran tamaño. Quedaba en ellos resumida, concretada, al fin, la tendencia plena de luz y exuberante de colorido que caracteriza a Federico Beltrán.

Allí estaban las sinfonías cálidas, vibrantes, embriagadas de sol y de fuerza fecunda: *Demeter, Granada, Dionisios, Invocación a Lackmy, La barca deleitosa, La súplica;* allí las otras delicadísimas, de verdes transparencias, de azules vaguedades, de rosadas carnes y helénica nostalgia: *Bilitis, Siemprevivas, Intimidad, Las hermanas...*

Regalo de la mirada y deleite del espíritu son estos cuadros, por lo grato de sus armonías y lo sugestivo de sus asuntos. Va en ellos la emoción íntima de bracero con la sabiduría técnica, complementándose de tal modo, que no sabemos en cuál de estas cualidades radica el mayor encanto.

No parece un pintor español Federico Beltrán; pues no hallamos en él la tradición pesimista, seca, grave, austera — en el sentido de una austeridad enfermiza —, que nos legaron nuestros pintores del siglo XVII, y que siguen considerando aún como únicas normas de belleza algunos de los artistas contemporáneos.

En Federico Beltrán se encuentra precisamente todo lo contrario: exaltación optimista, sensual complacencia de interpretar desnudos y paisajes espléndidos, y telas y joyas, y cielos encantados por la magia azul de las noches serenas. ¡Oh! Esto sobre todo. Podríamos llamarle «pintor enamorado de la noche». Su cuadro *Hacia las estrellas* es el resumen de este ultraterreno amor a los siderales misterios. Como el torso admirable, al que no hallaríamos parangón en toda la pintura española de hoy, de *La canción de Bilitis,* es el compendio de su obra estética nacida del culto a la mujer. Surten de su arte numerosos motivos de belleza. Trazó a su vida floridas y luminosas rutas, y puso a compás del universal ritmo el ritmo de su pensamiento.

Su obra es música del alma y caricia de los sentidos. Ante los ojos, el color canta inéditas sinfonías, y corazón adentro busca nuestra emoción el afilado puñal de la íntima complacencia.

Cuando pase el tiempo, y estos lienzos palpitantes — olorosos aún a las pinceladas recientes, al barniz apenas secado todavía — sean piezas de algún Museo, significarán consuelo y desquite para las futuras miradas.

Si todo es luminoso y audaz en estos lienzos de Federico Beltrán, es también claro y accesible. Participan de

las afirmativas cualidades de cuantos se acercaron a los aspectos mortales de la vida, como un enamorado a un jardín en cuyo límite la amada espera y sonríe. Entre el mozo pintor de paisajes y campesinos de los *Picos de Europa*, y este joven maestro de las exquisitas y refinadas armonías de ahora, no hay otro nexo que el de la potencialidad visual y la seguridad técnica. Realistas, demasiado realistas, aquellos cuadros se ajustaban al criterio de que la pintura española debe ser reproducción exacta del natural, aunque este natural sea repugnante y esté desprovisto de interés sentimental.

Ahora Federico Beltrán opina, afortunadamente, todo lo contrario. Se libertó de la malsana complacencia en los modelos de mendigos y labriegos, y paisajes hostiles, para dar a su arte un rumbo señoril y pomposo.

Pinta Federico Beltrán como si soñara después de amar la vida. Femeninos cuerpos ponen resplandores de nácar y nieve a lo largo de su obra. Tiembla toda ella, y son cielos azules, campos dorados, telas costosas, plumas, joyas, floreales arcos y fructíferas agrupaciones, como estribillos de esa canción pagana que cantan las figuras de mujer, ofreciéndose plenamente desnudas o encubiertas en sedas, gasas y blondas.

Sin embargo, este paganismo es sano como el de los helénicos; esta voluptuosidad es noble como la de un nieto de los Vedas. Porque Federico Beltrán es, antes que nada, un idealista. Su lienzo *Hacia las estrellas* — que con *Bilitis, Siemprevivas* y la *Invocación a Lackmy*, me parece lo más fuerte en toda la maravillosa fortaleza de su arte —, así lo ratifica.

Corte suntuosa forman a los lienzos grandes, en que ya se cuajaron las ideas, las notas de color, donde están latentes y prometedoras las ideologías y los hallazgos armónicos de los lienzos futuros. Son bocetos que el artista ofrece con cordial ingenuidad y envidiable confianza en sí mismo, en la impenetrabilidad de sus secretos técnicos. ¡Qué fiesta de gemas y de irreales armonías, junto a evocados paisajes de ensueño, es la de estos cuadritos donde se revela un gran poeta! Fugaces, rápidas, las pinceladas construyen la emoción de un momento, la visualidad de una escena. Toda una desbordada prodigalidad de sensaciones nos invade.

Después de su triunfo en Madrid el año 1916, que le consagró perdurablemente, Federico Beltrán prosigue su labor, amplía todos los temas ya desarrollados, persiste en su credo estético. París no le ha cambiado, ni le cambiará fácilmente.

He aquí cómo Camille Mauclair, el gran crítico francés, exalta la pintura actual de Federico Beltrán, en la siguiente carta, que han reproducido varias Revistas francesas:

«Mon cher ami — car c'est plus simple et plus vrai, n'est-ce pas? de vous appeler dès maintenant ainsi — je veux vous dire combien j'ai été ému par tout ce que vous m'avez montré. Je n'avais pas eu depuis bien des années une émotion pareille, et je vous dois de m'avoir rendu une espérance et réconcilié avec mon temps. J'aime profondément la peinture. Je l'ai vue tomber par degrés, depuis vingt ans, dans une dégénérescence si impuissante, une bassesse et une puérilité si misérables, un mercantilisme s plat, une ignorance si prétentieuse, que je m'en étais dégoûté; et je préférais vivre loin de cette laideur matérielle et morale avec mes grands morts immortels. Or, vous êtes

un des très rares hommes d'aujourd'hui pour qui le nom de «peintre» signifie des devoirs esthétiques et moraux très précis. Vous avec une technique, vous ne cessez de l'approfondir avec méthode dans la passion; vous travaillez avez autant d'ordre que de violence; et vous appliquez ce labeur à la recréation d'un monde de rêves, prolongement luxueux des données de la vie, avec l'amour de la synthese des formes, de la beauté des tons, de la musicalité des plans et des lignes. Vous faites un art *intelligent,* alors que la peinture depuis vingt ans est *bête,* et s'abaisse à la triste mentalité de l'ouvrier. . . sans même savoir un mot du côté ouvrier! Vous associez une pensée à la forme. On aurait presque peur de la violence de l'instinct de peintre qui vous agite, si l'on n'était rassuré par le scrupule constant de votre esprit de technicien sincère et respectueux des lois, où seuls les farceurs et les paresseux voient des entraves. De tout cela il convient, non seulement de vous louer, mais de vous remercier; car vous apportez dans votre art une honnêteté, au sens profond du mot, qui donnera des remords à certains et empêchera beaucoup de jeunes de se devóyer et d'écouter les sirènes répugnantes et criardes de la réclame. Vous êtes déjà un maître, et je considère que depuis mon cher Zuloaga, aucun peintre de votre

envergure n'a paru en Espagne. Mais vous apprendrez encore bien davantage, vous irez encore beaucoup plus haut et plus loin, vos défauts mêmes sont les ombres portées de vos qualités et deviendront des accentuations de ces qualités. Je vous prédis un avenir admirable et je serai plus tard très fier de ne m'être pas trompé, d'avoir été ici un des premiers à savoir quelle sève vivante et généreuse vous nourrissait et renouvelait en votre hardiesse le vieux miracle des classiques. Je voudrais vous écrire plus et mieux, mais le temps m'est mesuré avarement, et je suis entraîné par devoir civique à me surcharger d'un labeur ingrat, qui me prive de me donner tout entier aux joies d'art dont ma vie fut toute tissée. J'aurais pourtant du remords à ne pas vous écrire tout au moins peu et mal ce que je tâcherai de dire mieux dans mon étude.»

En París, Federico Beltrán ha creado otros cuadros nuevos. Y en ellos los motivos floreales, el Mar Mediterráneo, los jardines embrujados de amor y los cielos azules rodean a las mujeres desnudas o engalanadas con arbitrarios y simbólicos indumentos de la española raza.

Estas nuevas obras, además de varios retratos, se llaman *Las damas del mar, Los peregrinos, Primer beso, Canción gitana, La maja de luto, Nuestra Señora de la Guitarra, Leda, Noche ducal, Como el juicio de Páris, La maja maldita, Salomé, La bella, Abzhara en la danza de la abeja.*

Concreta y define de perdurable manera, el bello retrato de Mlle. Simone Bastat, la significación pictórica de Federico Beltrán. Es creado después de tres años en París, pero de íntima convivencia con los principios de su credo estético, refugiado para la intensa labor en una *villa,* quieta y propicia, de la silenciosa rue La Tour apartada del centro.

Subsisten, claro es, todos los motivos anteriores; permanecen sugestivas las precedentes rutas del sentimiento, y ese manantial fecundo de la sensualidad apasionada sigue sin agotarse.

Así, este cuadro, que concreta y define, no viene a rectificar nada. Culmina la tendencia, bien arraigada, consubstancial del temperamento del artista. Y sobre el ímpetu bravo de nuestra raza, fusión de tantas razas, pone la sonrisa noble de París.

Hallamos, efectivamente, gamas, ideologías y eurit-

mias ya conocidas. He aquí el extático rostro del gitano, que mira a las estrellas como a mujeres desnudas. He aquí la maja de ojos diabólicos y labios de fruto maduro; el torero que pulsa la guitarra en trémolos roncos de deseo y penumbras misteriosas; he aquí las lejanías paganizadas de siluetas que pasean envueltas de luna, junto a edificios de líneas helénicas y entre blancos caballos que galopan como en una clásica metopa. He aquí también el mar azul de las leyendas, triangulizado de blancos desgarrones por latinas velas; las ramas copiosas doblándose al agobio de áureas pomas, tentadoras como senos femeninos. Y todo ello envuelto en esa luz nocturna, de unas noches que sólo combaran el cielo estrellado sobre espectáculos dichosos y fiestas placenteras.

Y aún queda otra figura conocida. Es la maja de los cuadros de ayer, pero está cubierta de sombra y de tristeza. No la mantilla blanca, ni el traje de rutilancias audaces, ni la endiablada sonrisa de calenturientos carmines. Le cae de la cabeza al cuerpo, desmayadamente, una blonda negra. Le niebla el rostro la melancolía, y tiende con sus manos, amigas antes de los crótalos moñudos de colores, de las velas rizadas, de los claveles púrpura, un cofrecillo de joyas a Mlle. Simone Bastat.

¿No dice, acaso, esta maja — *La maja de luto, La maja maldita* se titulan otros cuadros recientes del artista —, la ofrenda de Beltrán a Francia?

Simbólicamente, esta figura de mujer dolorida y morena, que rinde tributo a la serena y rubia, eje luminoso del cuadro, es un homenaje estético.

Y en el centro, la mujer parisién más allá de todas las hecatombes, por encima de todas las catástrofes, contempla el mundo bajo el casco claro de sus cabellos y en la actitud de aguardar otra vez la hora del amor; la mirada penetrante de sus pupilas obscuras rubrica la augusta calma del rostro.

Simultáneas de esta obra, que nos parece una de las mejores de Federico Beltrán, ha ido el gran artista español realizando otras, como *Salomé,* ligadas a las anteriores por el nexo común de la venusidad intelectiva y de la exaltación cromática.

La hipocresía española, esta baja concupiscencia que gangrena la carne y la imaginación de los españoles, rechazaría, como se rechazó *La Maja Marquesa* en 1915, estos característicos lienzos de Federico Beltrán. El español, corroído de tantos vicios inconfesables, finge asustarse del desnudo femenino cuando lo ve noblemente

interpretado, como un reto de virilidad casta y fuerte, frente a la abyección sensual, donde él hoza y gusanea. En esto, como en tantas cosas, España nos ruboriza a unos cuantos hijos suyos y somete a otros cuantos.

Federico Beltrán no es de los sometidos. Tal vez sea el único de nuestros pintores que dé al desnudo femenino toda la importancia otorgada en el arte universal.

La mujer es la obsesión ideológica y pictórica de todos sus cuadros. La exalta, la reverencia, la dota de magnificencias y la acuna con exquisitos idealismos.

La sensibilidad refinadísima, sutil, de este admirable pintor, vibra frente a la mujer en apasionados estremecimientos. Así toda su obra nos deja en las pupilas y en los sentidos un deslumbramiento y una languidez deliciosos.

Y — conviene repetirlo — en esta impresión permanente de la obra de Federico Beltrán, no interviene para nada un materialismo plebeyo ni un naturalismo procaz. Va más allá de las torpes complacencias, desprecia los erotismos fáciles, las voluptuosidades de los espíritus mercenarios. En cambio, ese hálito de idealismo que informa las artes y las letras orientales, inflama su pintura, sin despojarla por eso de la profunda raigambre española. Porque a veces el poso acedo de nuestra raza sube a melancolizar

las mujeres desnudas sobre fondos de viejas ciudades castellanas, o las mujeres con mantillas blancas, faldas pomposas y ojos abismales.

A este género de cuadros, ungidos de sensual romanticismo, pertenecen *Canción gitana* y *La noche ducal.* A la serie de modernas y ultracivilizadas paganías, *Las damas del mar* y *La danza de la abeja,* que coloca en un fondo exuberante y policromo de flores una ingrávida silueta, cuyo cuerpo de mujer, cuyos brazos y piernas, parecen cuatro cisnes enamorados del torso palpitante y núbil.

Ya más preconcebidamente resurge el mito en otros dos cuadros: *Leda* y *La hija de Leda*, en la fusión de nieves y rosas. Y nuevamente en *La maja de luto,* en *Nuestra Señora de la Mantilla,* en *Como el juicio de Páris, La súplica* y *Mujer hispana,* resurgen los momentos españolistas, galantes, agitanados, de *Elogio de la mantilla, El mantón rosa, Noche azul, La noche galante, La súplica, Ibérica, Granada* y *Hacia las estrellas,* que admiramos en la Exposición del Palace Hotel.

Por último, la fantasía pródiga, la embriaguez colorista del joven maestro, crean nuevos y deliciosos caprichos pictóricos, titulados *Guignol, La boda, Pomona, La bella,*

Flor de vida, El príncipe blanco, Noche blanca, Otra Berenice.

Danzan mujeres empenachadas de plumas y con faldas pomposas; danzan también los colores con ritmos tranquilos o dionisíacamente enloquecidos. Surgen las líneas puras de una mujer desnuda, y piafan los caballos blancos en jardines encantados de Klingsor o de Armida. Y siempre con distinción, con ese aristocrático buen gusto, con esa magnificencia cromática, con el pasional sortilegio y el sensitivo misterio que Rodin considera la necesaria «atmósfera donde se bañan las más bellas obras del arte».

José Francés.

UNA IMPRESIÓN DE VISITA AL ESTUDIO DE FEDERICO BELTRÁN

CUANDO Federico Beltrán hizo su exposición en Madrid, mientras la acogida por parte del público y aun, lo que es más raro, por parte de los compradores y de los artistas *que no viven de la pintura,* fué calurosa, entusiasta, fué fría por demás de parte de los que *eran* (hoy está ya muy por encima de ellos) sus compañeros. Se vendieron cuadros; el Rey dió el ejemplo: aristócratas y millonarios, pensando, y pensando bien, que los bellos lienzos, las damas de peregrina belleza y las floreales de pompa insólita, los cielos dignos de cobijar al cortejo de la Reina de Saba o el triunfo de Salambó y los divinos jardines galantes, iban muy bien con los nobles palacios y las joyas heredadas, apresurábanse a adquirir aquellos cuadros, después de pasar desdeñosos ante las viejas con bocio, los cojos milagreros y las frutas que, no por lo bellas, pero sí por lo viejas, parecían procedentes del Paraíso terrenal.

Los artistas que se han declarado a sí mismo geniales, en complicidad con nuestra condescendencia; los que sólo saben pintar hórridos mamarrachos, con la pretensión de emular a Cezanne o a Gauguin; los que, como no tienen más que un color (feo por añadidura), pretenden que sólo un color debe haber en los cuadros, y como no saben dibujar sostienen que el dibujo es una cosa superflua, y en materia de perspectiva no ven más allá de sus narices, quisieron excomulgar a este gran pintor que tiene dos ventajas sobre ellos: la de saber pintar y de poseer honda y alta inspiración — cerebro y corazón —, sin contar otras *menudencias,* como sentido del color y de la línea, arte de componer, cultura, buen gusto. . .

Entonces fuimos dos — José Francés, uno de nuestros mejores, de nuestros dos o tres únicos críticos de arte, y yo, que más que crítica, hacía un a modo de impresionismo estético — los que dijimos sencillamente la verdad. Hoy Francés os habla, con su grande e indiscutible autoridad, de la obra de Beltrán; pero yo que vuelvo en este momento de París, que he presenciado sus grandes triunfos *indiscutibles,* quiero dar a mi vez una impresión de espectador.

* * *

Al llegar a París, gentes que ignoraban mi vieja y buena amistad con Beltrán, me dijeron: «Hay aquí ahora una nota admirable que dice mucho del florecimiento del arte en España, algo que es el *clou* de la *season* artística: Federico Beltrán. En la pasada Exposición de Arte español no hubo sino tres: Goya, Zuloaga y él... Usted, tan amante de todo lo que engrandece y glorifica a su patria, vaya a verlo».

Fuí. En un hotelito encantador de la *villa* Gilbert, en la rue de La Tour, ha hecho su estudio el gran artista catalán. Allí vense sin cesar, en peregrina procesión de bellezas y elegancias, a las grandes damas de la sociedad francesa y a las figuras relevantes de *Cosmópolis*, a las eminencias del arte y de la literatura y a las altas personalidades de la diplomacia mundial. Sobre las extrañas estofas orientales que cubren con sus policromías, rieladas de oro y plata, los divanes que dan frente al muro central del saloncito que precede al estudio, todo cubierto de admirables impresiones de una magia de luz, una facilidad y una gracia insuperables, mujeres frágiles, de un *chic* ultramoderno, envueltas en pieles regias y enjoyadas de perlas fabulosas, hablan del arte y del amor.

Pero, apenas franqueada la puerta del santuario, todo

eso se olvidaba, todo eso se alejaba, y, sin quererlo, comenzábamos a vivir otra vida más interesante: la vida fabulosa creada por el artista.

Tiene Federico Beltrán: de Moreau, la magnificencia de las concepciones, la elegancia suprema de las arquitecturas, la estética de las agrupaciones, pero aventajada en grandeza y en técnica; de Veronés, la riqueza floreal, la suntuosidad de los detalles, la profundidad y exuberancia de color, la maravilla de las carnes femeninas; de Tintoreto, con quien posee más puntos de contacto de los que él mismo supone, la riqueza y cálida suavidad de las telas y las orfebrerías inimitables.

En París, su obra copiosísima se ha acrecentado con nuevos perfiles de perfección insólita. Los *motivos* iniciados en sus primeros trabajos han llegado a una madurez y plenitud perfectas. Sus cuadros son una visión espiritual y profunda de todas las cosas, una visión realizada con arte recio y con depurado gusto.

Vense en su estudio un retrato de la Princesa de Kapurthala, toda en tonos áureos, en que la única nota que vibra, haciéndolo vibrar todo, sin embargo, es una gruesa esmeralda. Aparece la sorprendente figura de la Princesa india envuelta en un velo de oro, reclinada en cojines de

oro, envuelta, diríase, en áurea lluvia, como una Semela moderna. Otro retrato sorprendente, de noble serenidad, de dulzura y de serena belleza, es el de la esposa del doctor Sanjurjo. Muy dieznochesco el de la bella señora de Albarrán, y con una romántica nobleza baironiana el de su hijo el joven Albarrán.

Pero la obra maestra, la que suspende de pasmo y cautiva en su inquietud *muy antigua,* y por lo mismo ultramoderna, es «Salomé».

Hay en ella una sensualidad tan densa, tan atormentada, tan violenta, que la figura de la hija de Herodías deja de ser una mujer y conviértese en un símbolo de cosas eternas, horrendas y escalofriantes. Parece que los grandes maestros italianos han prestado al gran pintor español sus pinceles para trazar la perfección de la figura femenina, el bello trágico de la cabeza de Juan, *el Bautista,* y la atlética escultura del negro, para trazar, en fin, este cuadro admirable, que señala un renacimiento no sólo en la pintura española, sino en el arte actual.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS



RETRATOS 2



EL PRIMOGÉNITO



RETRATO DEL NIÑO MARTÍ OLIVARES 4



LA MAJA MARQUESA



LA MIRABELLA



MELY Y XUTY



NOCHE GALANTE 8

(PROPIEDAD DE S. M. EL REY DE ESPAÑA)





SIEMPREVIVAS





LA INICIADA

12



INVOCACION A LACKMY



RETRATO DE SEÑORA



LA SÚPLICA



EL MANTÓN ROSA



ESPAÑOLA



HACIA LAS ESTRELLAS 18



GRANADA 19



RETRATO 20



LA DANZA DE LA ABEJA 21



EL JUICIO DE PÁRIS 22



RETRATO DE IRENE NAREZO DE BELTRAN



LA MAJA DE LUTO



25 POMONA

FIESTA GALANTE 26



RETRATO 27



NOCHE DUCAL 28



RETRATO DE Mlle. SIMONE BASTAT



LA HORA AZUL



LAS DAMAS DEL MAR



COPLA GITANA 32



LA MAJA MALDITA



RETRATO DE LA DUQUESA DE LA TREMOILLE 34



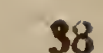
RETRATO DE LA SEÑORA ALBARRÁN DE SANJURJO 35



BORGIANA



37 SUEÑO DE ORIENTE


LA DULCE CANCIÓN  38



BOCETO



LA BELLA 40



SALOMÉ



RETRATO DE Mme. MARGARET DE JOUVAN 42



RETRATO DE ANTONIO DE HOYOS Y VINENT



RETRATO DE LA PRINCESA DE KAPURTALA 44

MONOGRAFÍAS DE ARTE

TOMOS PUBLICADOS

Santiago Rusiñol.
Julio Antonio.
J. Romero de Torres.
Joaquín Sorolla.
Ramón Casas.
Miguel Viladrich.
Ignagio Zuloaga.
Manuel Benedito.
F. Alvarez de Sotomayor.
Aguafortistas.
José López Mezquita.
José Clará.
Eduardo Rosales.
Gustavo de Maeztu.
Federico Beltrán.

EN PREPARACIÓN

Manuel Casanovas.
Anselmo Miguel Nieto.

RETRATISTAS DEL XVI, XVII, XVIII y XIX

Antonio Moro.
Pantoja.
Carreño.
Sánchez Coello.
Vicente López.
Esquivel.
Gutiérrez de la Vega.
Esteve.
Federico de Madrazo.


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21152 5180